

Braulio Arenas

## Firmamento de Mónica

«e a la mañana, cuando el cauallero fue leu-  
tado, estandose lauando las manos, vino a el  
vna donzella, e dixole: «Cauallero, dadme un  
don»; y el dixo: «Demandad lo que vos qu-  
reys»; e la donzella le dixo: «Dadme vuestra  
espada»; y el cauallero se la dio, e la donzella  
tomo la espada e corto la cabeza al cauallero».  
—DON TRISTAN DE LEONIS.



MONICA regresaba del Liceo. Era sencillo el tra-  
yecto del Jeanne d'Arc a su casa, elemental, pri-  
mario, quizás. No era necesario transitar por un  
bosque lleno de lobos, para llegar, al fin, con la co-  
mida donde el leñador, ni era preciso, tampoco, marcar la sen-  
da del regreso con migas de pan que, fatalmente, se comerían  
los gorriones. Pero Mónica utilizaba esos recursos. Todos los  
mediodías la niñita extraviaba el camino gracias a la voracidad  
de los pájaros. Sus pies, entonces, sin la senda que los guiase,  
necesitaban protección. Como la pérdida de la ruta era prevista  
y aun, muchas veces, premeditada, Mónica aseguraba la ubica-  
ción de su casa, no valiéndose de piedras incomedibles para los go-  
rriones, como en el cuento clásico, sino dejándose guiar por los  
transeúntes. El fracaso de esta tentativa la condujo veinte veces  
a enormes distancias de su vivienda, pero del fracaso, es sabido,  
nace la experiencia, y Mónica entregada al azar de los pasos de

un hombre de negocios, de un joven pensativo o de una señora metodista, siempre llegaba a su morada.

Y éste era su encanto. Para desocupar su cerebro de las clases de la mañana, la niñita acompañaba sus pasos a los de los transeúntes. Era un método infalible. Sus realidades, muy pequeñas, por cierto, las vaciaba íntegras en los paseantes y ella reservaba para sí hasta la última porción de sus sueños.

Los transeúntes, cargados de realidad y recargados con la de la niñita, la contemplaban satisfechos por el prestigio que de ella emanaba, prestigio de sus ojos azules, prestigio de su uniforme blanco.

Era una niñita, nada más que una niñita. Buenamente cumplía los sabios consejos de «dad migas de pan a los pajaritos; ellos os deleitan con sus cantos». «El trabajo dignifica al hombre», etc.

Todos los adjetivos hermosos le correspondían. Alumna del Jeanne d'Arc. Nacida en el preciso instante que se firmaba el Armisticio. Complicada como el número MDXVIII.

Prevenida a la catástrofe usaba esos fabulosos guantes que en la isla inhospitalaria pueden servir de alimento a los naufragos.

Durante su infancia, Mónica hizo todo lo que le pareció bien, creyendo guiarse por su voluntad, sin advertir que la fiscalizaba la misma censura normal de todas las mujeres.

Mónica supo darle la entonación precisa a las adorables palabras del vocabulario de Broadway: O Key, good bye. Sus condiscípulas miraban con atención la cabellera invadida de vientos de la muchacha, con la cual las suyas no podían compararse, atisbaban su blanco rostro pintado de nieve exagerada, sus pisadas cautelosas que no dejaban rastro.

En la ruda competencia entablada ella resultaba triunfante. Las niñitas santiaguinas no la dejaron nunca atrás con sus bicicletas. Mónica trabajaba sus rodillas y la velocidad de los jardines siempre resultaba inferior.

Vivió en su infancia alejada de todo contacto con la impureza. Pertenece al Coro de las once mil vírgenes, esa Asociación femenina contra Don Juan.

Ingenua heroína yanqui, creía en la arriesgada teoría de la maternidad de las cigüeñas. En el cielo de los cazadores, buscaba la cigüeña de su estirpe; su procedencia aviática.

La buscaba y la encontraba. Mónica encontró muchas cosas, perfectamente ocultas para los demás. En la misa mayor, hallaba los ángeles que los sacerdotes pierden en la sacristía. Y si los fieles hubiesen mirado hacia ella la habrían oído conversar en latín con los arcángeles.

Con Mónica, que seguía el consejo, los gorriones no se morirían de hambre. Ella les ofrecía las migas de pan y extraviaba el camino a su casa. Su temeraria inexperiencia no le advertía el naufragio.

El mediodía la sorprendió siempre en el trayecto del Jeanne d'Arc hacia lo desconocido. Mónica pudo comprobar de nuevo, con íntima satisfacción, que, gracias al sol que enviaba los rayos perpendiculares a su cabeza, la sombra fiel de su cuerpo había desaparecido. Este milagro, tan simple, la llenaba siempre de peligrosas meditaciones. Algo, cuya significación se le escapaba, girando en su cerebro, la hacía sufrir.

Ese día, como de costumbre, después de mortificarse un instante, tratando de inquirir la solución, se dió por vencida, y continuó su camino sin preocuparse más que del hecho real: el de la sombra desaparecida. Lo otro, lo que el desaparecimiento significaba, lo hundía en la poca importancia de la travesura del cenit.

Contenta y sin apuros siguió su camino que, como se recordará, estaba sujeto a las pisadas de los transeúntes. Sin embargo, y ella lo sabía, ocultos enemigos la acechaban. Pisando con cuidado se logra apagar el sonido. Y era de ver su paso cauteloso y temeroso de enemigos que los transeúntes no percibían. Utilizaba los pobres elementos de la persecutoria.

Mónica, durante la mañana, se preocupó en traducir de su texto de inglés una página de Jack London. Propensa al ensueño, tenía su cabeza llena de absurdas y fantásticas visiones de cowboys enloquecidos, de habitantes de San Francisco de California, de gangsters de Chicago, de herederas yanquis que respiraban a pleno pulmón el aire de sus estancias.

Ahora, retornada a la normalidad, vuelta al orden de su uniforme blanco, quería cundir sus sueños, hacerlos prósperos, amanerando sus pasos a los de los transeúntes que, irremediablemente, la conducirían a su casa, al recinto de la realidad.

¡Dios mío! Se le perdió el señor que la guiaba. La calle solitaria, más solitaria por el sol que borraba las sombras, le anunciaba con su soledad, irónicamente, el desamparo.

Quiso reconocer los edificios, la ubicación precisa. Inútil. ¿Qué puede reconocer el ciego en el primer instante de la visión recobrada? Su situación era idéntica a la del sonámbulo que despierta y se encuentra equilibrándose en la antena de la radio. Igual a un buzo que en las profundidades submarinas se sacara la falsa cabeza protectora y con el rostro descubierto afrontara a la muerte.

Su temor no duró sino un instante. Tres señores, tres joviales señores, avanzaban hacia ella. El ángel de la Casualidad los guió. Traían ellos la sinceridad del milagro en sus sonrisas.

En ese momento el sol hizo la concesión de un poco de sombra a los edificios. De un poco, nada más. Una raya de noche, un bigote reciente.

Pero eso bastaba. Mónica se sentía a sus anchas. Sombra recuperada, transeúntes. Su vivienda llegaría a la vez, prosecutoria en el orden exacto del acontecimiento, amante del turno que no debe alterarse.

Los tres señores se encontraban ahora frente a ella. Una mirada repentina y fugaz, un relámpago urgente, le aseguró su filiación. Uno —correspondía con exactitud a la figura tan famosa y tan conocida en su inexistencia— Sherlock Holmes. Otro—



acababa de verle en su texto de inglés, acababa de extasiarse con sus pupilas penetrantes—William Shakespeare. Y el tercero—su andar de orgullo, su cólera sorda—Lord Byron.

Este último, frente a Mónica, completó su charla con una observación obvia:

—Bailó tanto que hasta sus joyas se cansaron.

La niñita no admitía el triunfo fácil que hubiera acomodado a cualquiera. No. Ni Lord Byron, ni William Shakespeare, ni Sherlock Holmes, la podrían guiar a su casa. Necesitaban descubrir el crimen de la Dama de las Camelias, prepararse para atravesar el Canal de la Mancha a nado, interrogar a los sepultureros del rey de la Monarquía dudosa. Eran otros los guidores. Mónica descubrió los perfiles arbitrarios de ¡asómbrense ustedes! Pedro, Juan y Diego.

\* \* \*

¿Quién no ha utilizado alguna vez en su vida a estos tres señores sin sospechar de su existencia? Ellos mantienen la importancia de las respuestas y de las preguntas. Son los causantes de las frases hechas, de los ejemplos oficiales.

—Pedro tiene un hermoso caballo blanco.

—Juan es virtuoso.

—Diego ha prometido portarse bien.

Mónica los reconoció al instante. Conoció los ademanes de campesino de Pedro, la palidez un tanto milagrosa de Juan, la pureza que presta la primera comunión a Diego.

Sin embargo, esos perfiles eran eventuales. Bastaría que la francesa que quisiera aprender español siguiendo el método del delicioso librito «Como aprender Español en 8 días», construyera una adorable frase, aun la menos peligrosa, tal vez ésta: «Pedro tiene 60 años», para que la figura actual de Pedro—impulso ardiente, ojos de viveza extraordinaria, juventud—se transformara en figura de viejecito, resignado a la muerte ya, y se mantuviera en figura de anciano hasta que una colegiala de

Nápoles escribiera en el pizarrón de la sala de clases de su Liceo: «Pedro es un sacerdote».

Mónica percibía el milagro. Se dejaba guiar a una pequeña distancia de ellos. Su nariz respirante, se envanecía en el olor de los viejos textos de Gramática, de los cuales, Pedro, Juan y Diego, eran los héroes máximos. Por ellos, la rosa del ejemplo floreció en el jardín de las Gramáticas. La Princesa de los Participios, la Emperatriz de los Adverbios, los nutría y los alentaba.

—Pedro tiene una bicicleta.

—Juan se casó anteayer.

—Diego compró una bonita casa.

Mónica escuchaba la conversación de los tres personajes. En ella sólo se admitían frases hechas:

—Yo, aseguraba Pedro, necesito vivir en una ciudad que tenga 365 automóviles y donde la hora conste de 67 minutos.

¡Dios mío! Mónica, sin advertirlo, había llegado frente a la casa. Nuevamente, los transeúntes cumplieron su misión.

Frente al recinto de la realidad abandonó su equipaje de sueños. Su afán de gaviota que diseñaba su alcurnia aviática, la consolaba un tanto. Pero siempre era penoso el resultado. Mónica perdía a Pedro, Juan y Diego.

—O Key!

Entonces penetró a su casa. Penetró bruscamente. Con furia espantosa cerró de un portazo la mampara. La madre la regañaría, suavemente, como de costumbre. No importa. Cerró de un portazo la mampara. Sin embargo, y Mónica lo sabía, el ruido del portazo no era sino un ensayo del otro sonido, cien veces más seguro y grato, el sonido del disparo suicida que la sien derecha de Mónica ya evidenciaba.

\* \* \*

Como de costumbre, la madre la regañó suavemente por el portazo. Mónica no prestó atención al regaño materno. Se cerró en su dormitorio.

En el ambiente de la casa flotaba ese bullicio de las pequeñas prisas que se produce, exactamente, en los preparativos de los almuerzos familiares.

En sí mismo un campo no es peligroso, pero los soldados ocultos ahí la víspera de una batalla, lo pueblan de daño previsto. Igual ocurría con la habitación. Era un cuarto higiénico que contenía esos muebles que nos acompañan desde la niñez y que por tanto conocerlos nos son queridos. Penetrar en el cuarto era sentir en el corazón la gratitud del náufrago hacia la tierra hallada.

Sin embargo, Mónica utilizaba el dormitorio para preparar el filtro de nobles cualidades que le permitiría preservar sus sueños. Pero esas fuerzas contrarias de sueño y realidad hacían peligroso el cuarto. Mónica se equilibraba en la cuerda floja, como una sonámbula. Si despertaba se caía. La decisión debía ser inmediata. Mónica, indecisa, pedía auxilio a los retratos de las paredes. Uno, junto a la ventana, representaba la imagen de una Emperatriz. Otro, junto a la puerta, mostraba la petulancia de una sonrisa, en primer plano, y tras la sonrisa aparecía el rostro de un joven.

Mónica se levantó del lecho donde se hallaba tendida y con paso de fatiga se acercó al retrato. Tras la brillante cartulina su primo Octavio la miraba. Leyó la dedicatoria: «A Mónica dedica este recuerdo un compañero de juegos infantiles, su primo Octavio». Fechado en Montevideo.

—Es bien tonto mi primo, pensó Mónica, y en seguida recordó como todo el mundo les decía cuando eran chicos que ellos se casarían cuando fueran grandes.

Después su primo se fué con el padre al extranjero y ya no volvió a saber sino de tarde en tarde de él. Durante siete años sólo breves noticias la informaron de Octavio. En agosto le envió ese retrato y una carta, que por supuesto Mónica no contestó, en la que le comunicaba que regresaría a Chile.

—Perfectly, regresa cuando te dé la gana; yo no me preocuparé por ti.

Alguien se detuvo, con ademán cauteloso, tras la puerta del dormitorio de Mónica.

—Señorita Mónica... señorita Mónica, el almuerzo está servido.

—Perfectly, ya voy.

Comenzaba para Mónica la prueba más difícil del día, de la que en raras ocasiones resultó triunfante: el almuerzo. La niñita se conocía el programa de memoria. Primero, el padre la miraría fijamente, como interrogándola. Mónica cortaría la mirada con un «buenos días, papá», y ocuparía su asiento e inclinaría la cabeza sobre el plato para así librarse de nuevas preguntas. La conversación estaría cortada a cada momento por embarazosos silencios que, fatalmente, se producen entre plato y plato en todos los almuerzos familiares. El ruido de las copas o de los tenedores ocuparían los oídos. De pronto, Mónica advertiría que el silencio estaba amenazado. El padre tosería:

—Hoy hace un calor extraordinario.

Después, nuevamente el silencio. Por fortuna, Mónica era especialista en golpear la copa con un tenedor y producir así hermosas resonancias. El criado, que es el árbol del silencio, la miraría agradecido.

Ese día las cosas se sucedieron con su ritmo normal. Mónica irrumpió en el comedor con la seguridad de la gacela que bebe en un río privilegiado, en un río libre del acechar cauteloso del león. Irrumpió con su alegría desbordante, con su privilegio de blancura. La sola presencia de Mónica ya predisponía al ensueño. Los sucesos extraños, que no se producen nunca, esperaban que ella llegara para producirse. Mónica actuaba sobre los sucesos. Su presencia en el Circo era la iniciación de acontecimientos misteriosos y ella era la que introducía a los espectadores en un nuevo Universo. La jirafa que corría por la pista ya no era jirafa, gracias al influjo de Mónica. Su cuello era una grácil pierna de bai-



larina que buscaba la perfección del ritmo en el ensayo. O como lo aseguraba oportunamente:

—Frágil planta es su cuello crecido en la lozanía de la corbata vistosa.

Gracias a Mónica los hombres elevarían su horizonte hasta el horizonte de las jirafas.

Era indispensable para rehacer el mundo y para encontrarle su equilibrio preciso en el sostén de las alturas. Sólo ella podía hallar en la arena de la bahía la botella que sorteó la gula de los tiburones, el peligro de los escollos, y que atravesando el dintel del océano, trajo la carta que los náufragos escribieron en la isla inhospitalaria, demandando auxilio.

El «buenos días, papá» cortó terminantemente la mirada interrogativa. Mónica ocupó su asiento. ¿Novedades? Ninguna. El sol lucía en forma esplendorosa.

El padre sacó con mucha parsimonia su reloj y después de una cuidadosa mirada en la que se advertía que al anunciar la hora aprovecharía hasta el último segundo, dijo:

—Son las doce veinticinco.

—Debía estar aquí hace rato, afirmó la madre.

Mónica, en el asiento, se deshacía cavilando. ¿Quién debía estar aquí hace rato? ¿Sería ella? No. Todo el mundo comprendía que con Mónica el rompimiento, de producirse, sería definitivo. Por eso, nadie se enojaba nunca con ella. A lo más, la madre la regañaba suavemente por el portazo cotidiano a la mampara.

Más valía cerciorarse. Echó una mirada rápida a los comensales. Su padre, frente a ella, lucía las sienes blancas por los veinte años de trabajo constante, y en los ojos negros lucía el misterio del nocturno de las oficinas. Su madre, al lado suyo, mostraban el rostro incorruptible a la sonrisa. Su hermano Raúl—el estudioso hermano, la esperanza, el orgullo, la gloria, el espejo y el ejemplo de los otros hermanos—en la gravedad asustada de los juegos infantiles, se vanagloriaba de lucir en sus ojos ribeteados de carey la huella de la vigilia entre los libros, y ahora

sus ojos, asustados ante el temor familiar, eran redondos ojos de peces. Su hermano Jorge... ¡Ah, su hermano Jorge era el ausente! Para él estaba hecha la frase de «son las doce veinticinco», y la otra, la que completaba la anterior, «debía estar aquí hace rato».

Como se ve, los misteriosos pensamientos de Pedro, Juan y Diego intervenían en las conversaciones de la familia.

El almuerzo transcurría con una lentitud desesperante. Mónica pretendió aventurar un consuelo: «Pueden haberle dejado castigado», pero antes de pensarlo recordó que Jorge era el mejor alumno de su clase, la otra esperanza de su familia, en fin.

La colegiala hundía su cabeza en la copa de agua que aun no se resignaba a terminar de beber.

De pronto, alivio, alegría, segunda parte del programa. La puerta del comedor se abrió bruscamente y Jorge, el desaparecido, retornó a deslizarse en la órbita familiar, donde tres corazones anhelantes—el del padre, el de la madre, el de Raúl—y un corazón insensible—el de Mónica—le esperaban.

Se le interrogaba en silencio y en silencio respondía Jorge. En el marco de la puerta, con los labios pálidos, los ojos brillantes, las sienes latiéndole, no atinaba a dar un paso ni a asumir una actitud.

—¿Qué te ocurre?—El padre le tomó por un hombro y le miró atentamente.

Jorge se sentó en una silla y se desmayó. Mónica aprovechó la linda ocasión para deshacerse de su vaso de agua que aun no se resignaba a terminar de beber. El chiquillo recibió el chaparrón que le empapó la cabeza y abrió los ojos.

—El hombre, atinó a decir.

—¿Qué hombre? Ahora era Mónica la que interrogaba. El padre la informó rápidamente:

—Hace tres días que un hombre sigue a Jorge desde el Liceo hasta aquí.

El muchacho continuaba su narración:

—Tuve que huir por calles apartadas. El hombre caminaba sin apurarse; yo corría, y sin embargo, a cada momento, el hombre ganaba terreno. Por fin llegué a la casa. El hombre se quedó en la esquina.

Con impulso furioso Mónica saltó a la ventana. Y en la visión de un segundo, en la velocidad de un segundo, Mónica entrevió al perseguidor. Estaba en la esquina mirando hacia la casa. Su figura de muerte la conmovió íntegra. El hombre, el perseguidor, era Diego. Diego, el resultante de las frases hechas, de los lugares comunes, de los ejemplos absurdos, Diego, el que con Pedro y Juan, alimenta las viejas Gramáticas y el delicioso «Para aprender Alemán en 8 días», Diego estaba ahí.

La visión no duró sino un instante. En ese breve transcurso de tiempo, Mónica recibió la descarga eléctrica sin que los demás percibieran el estremecimiento. A los de su familia, convertiría en cenizas la mirada de Diego. Se extrañaba que Jorge la hubiera podido resistir. Pero Jorge huyó y ese ademán de derrota, aumentó el porcentaje de sus realidades.

Y cuando los suyos, el padre, la madre, Jorge y Raúl se precipitaron a la ventana y miraron a la calle—como ocurre en los folletines—Diego había desaparecido.

\* \* \*

Pedro tocaba el piano. Juan, doliente, leía el magazine de la dolencia. Diego quería apresurar el tiempo en los relojes góticos.

Se aburrían soberbiamente. Un largo silencio crecía los minutos.

La habitación de Pedro, Juan y Diego, con el cansancio que produce el canto de la cigarra o el calor del mediodía, se recogía y se estiraba, como un acordeón.

De pronto el piano lució sus mejores resonancias, la lectura

del magazine se hizo comprensible, el tiempo adquirió el ritmo preciso de los 60 minutos, porque Mónica entraba.

Venía con el milagro de afuera a asumir el milagro de adentro. El parecido a estómago de ballena de la habitación de los tres le ofrecía, como a Jonás, perspectivas anatómicas. Y aun más, ellos no eran sino devorados perpetuos.

Mónica cumplió todos los requisitos que se exigían en la aduana del milagro.

Perfectamente. La entrevista sería extraordinariamente peligrosa. Mónica—sin temer en absoluto el resultado—tomó asiento.

—Deseo preguntarle una cosa, señor. Mónica miró fijamente a Diego. Este suspiraba con mucha prisa. La intensidad del instante estaba en compás con la furia del pianista y el sonido del piano era exactamente el sonido del tambor que prepara el triple salto mortal en la tragedia del Circo.

—Un momento, señorita, pidió Diego. Se persignó.

—¿Qué hace usted?—interrogó Mónica.

—Pido perdón a Dios por mis pecados.

Mónica se echó a reír. Se acercó a Diego y con sus manos convulsas le tomó por las solapas.

—Usted, dijo, usted, y entiéndalo bien, usted no es sino un ejemplo, no tiene existencia real. Su recinto de huesos es mentira. Si usted se muere, por casualidad, no se irá ni al cielo, ni al infierno, ni al purgatorio, ni al limbo. Usted se deshacerá en la atmósfera, como los animales.

Juan suavizó la escena:

—¿Un cigarrillo, señorita?

Mónica aceptó. El resplandor del fósforo venció las tinieblas de la caverna de los devorados y permitió mostrar cuatro semblantes, preparados a las sombras, como las fragatas al naufragio.

La tinta de pulpo asesinado decoraba el resplandor. Después la noche artificial, esa noche de cinematógrafo, recobró



su imperio en la caverna. Entonces, y porque era el instante esperado, Diego dijo:

—Señorita, un poco de serenidad, por favor. Yo, más bien que nadie, debo darme cuenta que la situación no tiene nada de divertido. Su hermano Jorge...

Comenzaba la tragedia. El piano alcanzó su intensidad más alta.

—... su hermano Jorge es «la víctima propiciatoria del crimen».

Mónica necesitaba una claridad sobrenatural, una fogata en medio de la noche. Para conseguirla, arrojó su cigarrillo contra una de las paredes de la caverna y las mil chispitas resultantes del choque le permitieron ver un Diego enorme, desconocido, impalpable, etéreo, que se alzaba por sobre la conversación reciente confesando su culpa.

Luego, las sombras la circundaron nuevamente. La voz de Diego seguía girando:

—Es una obsesión mía la de los Jorges. Yo he asesinado a tres Jorges. Su hermano debe ser el tercero; el tercer Jorge. Es una ansia salvaje, ¿cómo remediarlo?

La noticia cundía por todas partes. Pronto los Jorges de Nicaragua, los Jorge de Pernambuco, los Jorges de Birmingham, supieron que Diego se había propuesto asesinarlos. Y durante una semana, los Jorge de todos los países del mundo permanecieron escondidos, como medida de precaución, temerosos de la catástrofe.

Mónica ensayaba soluciones. Pero ese no era ningún paliativo. La ejecución presente completaba la serie de los sacrificios humanos. Mónica ya no defendía a su hermano. Le repugnaba su sometimiento, su gratitud de víctima hacia el victimario, su gratitud de guillotinado hacia el verdugo.

Entonces sucedió lo imprevisto. Se encendieron todas las luces de golpe, y la claridad deslumbrante hacía imposible las mentiras.

Pedro seguía haciendo dolerse al piano, su boxeador sonriente. Juan se empecinaba en la lectura de los magazines, y Diego—perfil de aristócrata, elegancia primera—asumía la responsabilidad de las acciones inesperadas.

—Siéntese ahí—ordenó a Mónica, señalándole una mesita llena de papeles.

Por primera vez en su vida, Mónica obedeció una orden. Se sentó frente a la mesita.

—Coja el lápiz azul y escriba.

Mónica escribió lo siguiente: «Yo, Diego, prometo no causar el menor daño a Jorge».

—¿Está contenta, ahora?—interrogó Diego.

—Muy contenta, aseguró Mónica. Pero, dígame ¿por qué no escribió usted este documento?

—Porque no sé escribir. ¿Sabe acaso escribir un fantasma? Vaya, señorita, vaya y dígame a todo el mundo que Diego ha sido capaz de una buena acción. Y aunque nadie lo creerá, proclámelo.

—Esta es una claudicación, aseguró Juan. Es lo mismo que si el Daño se olvidara que su misión consiste en agrietar monumentos.

—Daño. Eso tiene mucho parecido a símbolo.

—Y lo es, dijo Juan. Trabajo con símbolos, trabajo con símbolos. Soy muy distraído. Un día me comí la Soberbia.

La peripecia había terminado. Mónica descendió del trapico y extendiendo los brazos hizo un alegre saludo a los espectadores. Perseguida por la música triunfal de Pedro desapareció de la pista en grácil carrera.

\* \* \*

Mónica poseía el bienestar de joya que ha encontrado su estuche. Su cerebro, su rodilla, su corazón, estaban empapados en ese frescor de lluvia que circunda a las fragatas cuando naufragan en el Pacífico.

Mónica en ese instante podía resumir la biografía de las sirenas. Ya se encantaba con los recursos marítimos: la brújula, las cartas de navegación, los mapamundis del siglo XVI, los capitanes de amarga suerte. Conocía la exclamación de alegría de la portuguesita que ve por primera vez el mar.

Su velocidad de remadora la hizo llegar rápidamente con el indulto donde Jorge. Llevó la calma a la familia. Su nombre de pacífica cumplió el vaticinio.

Mónica aprovechó el minuto que hace perder el tren a los pasajeros para llegar con el indulto. Ya Jorge estaba de espaldas al muro fatal aguardando el fusilamiento.

Ella ahorró el luto a la familia; ¡ese afán de llevar la sombra a cuestras!

\* \* \*

Los días magníficos se sucedieron a los días tristes. El portazo a la mampara alcanzó cierto valor musical.

En las tardes se iba al cine a recoger un poco de noche o se corría en bicicleta para eternizar el crepúsculo.

La niñita, montada en la bestia pasional, corría por las avenidas del Parque. Sus compañeras alcanzaban pequeñas velocidades. Ella no. Ella emprendía el viaje fabuloso. Mónica dejaba deslizar la cintura de espacios de la bicicleta y así obtenía la Noruega después de correr tanto.

Tarde azulina, como una mujer hermosa que embellece los objetos más humildes. En el cielo se reflejaba todo el océano Pacífico. Religión y éxtasis. Gimnasia del éxtasis. Confusión y remanso. Avisos, tangos en las victrolas, tranvías. Tarde de árboles, pensamiento en calma, estable equilibrio.

El sol, por su cualidad de borrar sombras, es el permitido de las tintorerías. De pronto el sol afianza su muerte en la tregua del crepúsculo. Las campanas cristianas doblan por él. Entonces—rojo el aviso, rojo el tango, rojo el tranvía—todo des-

aparece. El manchado de sangre, la selva en llamas, cumple su función. Y cuando ya se cree en el final, cunden las estrellas, caen en el cielo salpicando espuma, se agrupan. Es la Vía Láctea, ese palpitante cementerio de cometas.

\* \* \*

La Fatalidad reunía a sus personajes. El decorado de nubes ponía su dimensión de isla falsa al servicio de Mónica. Para trepar a las islas a descansar era preciso cansarse antes. El cansancio de Jorge lo atestiguaba su palidez. El descansarían entonces.

La isla de nubes tenía el porte exacto del alma de los elefantes. Era una víspera de Circo. La función se desarrollaba arriba. Había que verla doblando el cuello hacia atrás, exactamente, como se escucha al político de moda que perora desde los balcones de un palacio.

Diego, instruido por la Fatalidad, después que Mónica abandonó el recinto de sombras, comprendió, al fin, que debía despreciar la gloria de matar a Jorge. Lleno de coraje anunció a Pedro y a Juan que partía a la isla. Pedro, empecinado musical, rogó que le dejase tranquilo. Juan, empecinado lector de magazines, no le contestó nada. Diego se dió cuenta entonces que estaba perdido. La isla podía ser su salvación, pero no querían acompañarle. Ellos le empujaban al crimen. De nada valió el indulto para Jorge.

\* \* \*

—Diego tiene un automóvil.

Era un rojo automóvil, astuto, cerebral. El automóvil también pertenecía a la leyenda. Su color rojo era un anticipo de la futura sangre

Corría y corría el automóvil en una ansia veloz de anticipar-



se. La ciudad, a sus lados, daba libertad a las calles para que corrieran por donde pasaba el automóvil. El viaje de Diego se caracterizaba porque las calles continuaban su carrera de seguimiento hasta mucho después que el simbólico viajero las había perdido de vista.

Adentro, aislado del mundo, como el guardafaros desde dentro del faro mira la tormenta que hace naufragar las fragatas, Diego, con su alma de bandido, insensible al mal y al bien, pero siempre sonriente, atisbaba hacia afuera buscando la víctima.

Estaba predestinado a la fatalidad, como los niños a correr.

Para arrepentirse es necesario haber pecado antes. Diego ni pecaba ni se arrepentía. Vivía disciplinado en crímenes a los cuales no atribuía el valor de pecados. Peca un hombre, pero no un fantasma.

Ahora el automóvil alcanzaba la furia de cien velocidades juntas. A esa altura del delirio es imposible raciocinar. Había que someterse. Cuando el nadador llega al borde de la cascada no es él el que arroja el agua abajo sino que el agua es la que le despeña. Así Diego. El automóvil adquiriría conciencia humana y embriagados de triunfos el rojo animal admitía la responsabilidad del crimen. Primero el crimen; después ya no le importaba nada. ¡Qué le encerrasen en un garage para siempre!

El automóvil trepidaba y en la emulación campestre ponía la emoción del relincho.

Recordaba la pradera, recordaba su abolengo, recordaba su ascendencia de bisonte y de búfalo.

Los objetos se tornaban peligrosos. La fragata, en alta mar, podía pensar en su abuela la sirena y hundirse en las profundidades submarinas con sus tripulantes. El ascensor podía embriagarse con su pasado de ángel y seguir en su loca carrera de alturas hasta trepar al cielo con su cargamento de oficinistas asombrados.

Al encuentro de Diego, al encuentro del automóvil, al encuentro de la Fatalidad, venía Jorge.

Traía la suave precaución del ciclista, no la del que hace rodar dos planetas bajo sus pies, encantándose en el puro juego, en el malabarismo de astro, sino usando la otra precaución, la del consciente, la del que sabe que va montado en una bicicleta.

Camisa abierta, gorrita pequeña, traje a rayas. Ojos azules, cabellera de dormido, manos de niña, Jorge.

Eso era Jorge para los transeúntes. Un muchachito que se divertía en su bicicleta, un muchachito de pensamientos castos, la esperanza de la familia.

Ha terminado sus tareas escolares y ahora descansa. O Key!

Primero dió vueltas en torno del obelisco. Después amplió su horizonte de ciclista y corrió por los ondulantes senderos de la fuente. Después, después se sentó a descansar esperando a sus hermanos.

Las adolescentes poblaban el ambiente de cantos. Para las muchachas de esta primavera, se hizo el verso famoso y vulgar,

tanta niña bonita paseándose en la calle.

Jorge las miraba y las miraba. Se extasiaba con las adolescentes. La cercanía de sus gratos cuerpos dirigía su conducta amorosa. Ellas bajaban de sus pedestales y se embriagaban con el ritmo de la juventud, asumiendo la importancia de estatuas urgentes. Su infantil entusiasmo, su risa delirante, su franca alegría, llenaba el corazón de Jorge de agradecimiento.

La tarde magnífica hacía girar la ronda de las muchachas en una suerte de tío-vivo.

Jorge sintió el movimiento en su cuerpo. Subió a la bicicleta y echó a correr. Corría, como he dicho, al encuentro del automóvil. La Fatalidad había pintado con tiza pálida el rostro del niño.

Y en una esquina se realizó la radiante tragedia. Sucedió sin un tropiezo, sin una vacilación, porque los personajes se sa-

bían sus roles de antemano. El automóvil se echó encima de la bicicleta, como un asaltante.

Un crujido de hierro, lamentos, y la sangre que lo salpicaba todo: así fué la tragedia.

El estruendo de golpe de bombo tenía similitud con el portazo cotidiano a la mampara.

El automóvil desapareció, como un celaje. En la avenida no quedaba sino un montón de niños rodeando a un niño y a una bicicleta.

Jorge murió en los brazos de un señor vestido de negro, consonante con los funerales. Murió sin darse cuenta de nada, en una mezcla de espanto y sorpresa. Mónica, aparecida en el instante preciso, le besaba la cara llena de sangre y gritaba en francés:

—C'est mon frere, c'est mon pauvre frere.

La bicicleta, muerta al mismo tiempo, mostraba su miserable cuerpo, los retorcidos alambres, las ruedas dobladas. Tendida en el pavimento, como un cadáver, lucía el correcto bigote del manubrio. La doble rueda de la fortuna se había roto. La que fué siempre musa del niño murió con él, como muere el perro turco sobre el sepulcro de su amo, como murió el violín de Tartini, y su cuerpo roto daba la impresión de infancia concluída, de autopsia de las bicicletas.

\* \* \*

Este fué el primer encuentro de Mónica con la realidad. Cuando se tropieza con una piedra es preciso decir: «Tropecé con una piedra». Si se contempla un árbol debe decirse: «Es un árbol». Esa es la realidad. Con ella las cosas adquieren su nombre preciso. Piedra. Arbol. Estanque.

Había mucha sombra en la casa, mucho silencio. Grandes cortinas negras hacían la propia noche, noche doméstica, noche particular, e impedían entrar la noche de afuera. Flotaba en el ambiente ese olor a flores de iglesia, ese olor místico que no se

obtiene sino en las habitaciones donde la muerte cuida un ataúd. Los cirios se consumen en silencio, también, con su llama fija. Era el festival de la amargura. Los corazones adquirirían la proporción de territorios de llanto.

En la callada mansión, el sufrimiento de los rezos y la gotita de agua que a cada instante se escapa del grifo mal cerrado, tomaban la entonación de pequeñas resonancias misteriosas. El rumor del rezo era el rumor de las alas seguras del ángel que huye, el rumor de las gotitas de agua era el rumor del hacha del leñador golpeando los árboles.

Mónica transitaba en dulce ociosidad por la casa. Se detenía a contemplar los muebles conocidos recién, los cuadros, todo. Cada detalle le llamaba la atención. Subió y bajó cien veces por la enorme escala de mármol, adornada con seis pretenciosos farolitos de cristal. En su dormitorio, ante el retrato de su primo Octavio dijo cien veces la misma frase. Ante el espejo miró su cuerpo vestido de negro, miró su rostro vestido de blanco. Nieve y carbón, eso parecía. Le molestaban las medias negras. Se las sacó. Le molestaba el traje de luto. Se lo sacó. Se recuperaba de pronto.

Tendida en el lecho pensaba. Nunca en su cuarto hubo un silencio tan perfecto. Estaba ausente de los cortinajes, de los cirios, de las oraciones.

Abajo se velaba a Jorge. La tristeza, mezclada con sueño, la invadía. Su traje negro, tirado en una silla, parecía una mujer llorando.

Un perro aullaba afuera. Siempre hay un perro ladrándole a la luna cuando se muere alguien. Los perros ladran a la luna por conveniencia, por tradición. Son como el héroe que no se cubre la vista al ser fusilado sólo porque el héroe anterior no se la ha cubierto. Son héroes por tradición.

El reloj de cu-cu anunció las cuatro de la mañana. Como si cumpliera una consigna, Mónica se durmió rápidamente. Alguien la remecía:



—Mónica, levántate. Vas a llegar atrasada al Jeanne d'Arc. Era su madre. La chiquilla la miró con asombro.

—Mamá ¡cómo es posible que usted me ordene eso! ¡No sabe que Jorge murió hoy! ¡Es preciso respetar las conveniencias! ¡Qué dirían en el Liceo!

Un nudo en el corazón. Mónica abrió los ojos. Estaba en su dormitorio. Tras los vidrios de la ventana la fría y pálida auro-  
ra vestía su sudario heroico para anunciar la muerte.

El corazón de Mónica jugaba con los precipicios. Estaba trascordada, como si hubiera dormido en un dormitorio hermético con un ramo de flores.

Mónica saltó de la cama, vacilante; abrió la puerta y salió a la galería. Bajó la escala, aun llena de tinieblas, y descalza, con andar cauteloso, se aproximó a la habitación funeraria. Allí los cirios seguían ardiendo. Todo tenía la misma inmovilidad de la víspera.

La Muerte había segado su trigo provechoso. Su granero de huesos debía alegrarse.

Las personas de su familia seguían rezando y llorando. Mónica, con el ceño fruncido, subió nuevamente la escala.

Contempló su dormitorio, extrañada de encontrarle distinto. Ahora, los muebles blancos no conservarían su blancura. Algo humillado los hacía sospechosos. Ya Mónica no vería la pureza en ellos sino las manchas, las marcas.

Tendida en el lecho lloraba. De pronto se le vino encima toda la inmensidad de la tragedia. Por vez primera se detuvo a considerar el resultado del ensueño. Era la adolescencia, era la pubertad que transforma el violín en violoncello, la estrella en luna, era la adolescencia la que conmovía a la colegiala.

\* \* \*

Al día siguiente los periódicos publicaron grandes informaciones del accidente. Relataban con muchos detalles la escena

en que «la hermana reconoció el cadáver del niño». Y cosa rara, al leer el relato, a Mónica le pareció que era un nuevo suceso el que narraba. Con íntima satisfacción, leyó todo lo que a ella se refería.

\* \* \*

El padre no se resignaba a la soledad presente. A altas horas de la noche se le oía pasear por la casa, cerrando puertas y ventanas, como si temiera a los ladrones.

La madre recibía a los parientes—cuñados, suegros, tíos—que le daban el pésame. En la conversación salían a relucir los infaltables, «tan buen hijo», «tan estudioso», «el orgullo de la familia».

Raúl parecía estar oyendo alabanzas dirigidas a él, y se encerraba a estudiar, y se asustaba porque a veces se le ocurría que él era el muerto. Por otra parte, no utilizó nunca más su bicicleta.

Mónica se disgustaba por cualquier cosa. En la familia se extrañaban del brusco cambio sufrido por la muchacha. Mónica se quejaba de insomnios, se quejaba de la costurera que no sabía hacerle los vestidos, se quejaba contra sus padres que «a cada rato le dicen que coma».

Por esos días recibieron una carta de Octavio en la que les anunciaba «que muy pronto le tendrían por allá, pues deseaba mucho verlos, nuevamente. Saludos a Mónica, etc.».

Todos miraron a Mónica. Esta se sonrojó. Era la adolescencia.

\* \* \*

Mónica regresaba del Jeanne d'Arc, como de costumbre. El cansancio de los primeros días se había sumado al cansancio de los días restantes.

Estaba cansada, como si durante el transcurso de su vida hubiera caído una tonelada de tiempo en el barril de las edades.

A veces, mientras se despojaba uno por uno de los atributos de la infancia, se dirigía amargos reproches. Se sentía derrotada, hastiada; pero como el que ha cometido un crimen se cuida muy bien de no proclamarlo a todo viento, ella nunca lució su habilidad de derrotada, a pesar de los duros instantes de sinceridad, en los cuales la confesión llegaba a ser intolerable o irresistible.

Para prevenir el percance de su adolescencia necesitaba nuevas armas, la sonrisa artificial, la preocupación por los detalles, la palabra reflexiva, el cosmético.

Por lo demás, ¿quién era ella? ¿Era una señorita solitaria que vivía en un cuarto severo, en una ciudad de tinieblas? ¿Era la despreocupada paseante del mediodía, en esa hora lúgubre, cuando el sol se traga las sombras, hora recargada de recuerdos, como una pobre mujer pintada con humildes afeites? Sí, eso era ella. Aunque le causara pavor o vergüenza confesarlo, eso era ella. Una señorita solitaria, un transeúnte cualquiera, un paseante sin porvenir y sin pasado.

Un tiempo atrás supo alegrarse con las cigüeñas, con los Circos, con su suerte que caminaba a prisa. Lejanos tiempos. Al recordarlos, ella movía negativamente la cabeza y hacía un gesto de amable sometimiento a la desventura presente.

Como la serpiente cambia de piel, así ella perdía su leyenda. Se reía como una loca, pensando que un tiempo atrás creyó firmemente que existían Pedro, Juan y Diego.

Sin embargo, aun no olvidaba algunas costumbres. Aun abandonaba su pan a la voracidad de los gorriones para extraviar la ruta. Aun se colgaba a los pies de los transeúntes para que le enseñaran la ubicación de su casa.

Ese mediodía seguía a un marino. Sabía ella que eso era incorrecto, que caía fuera de todo orden. Pero no importaba. Ella seguía a un marino para encontrar su vivienda.

Ella era una mujercita y una mujercita no hace esas cosas. Un día su madre le dijo:

—Trata de no torcer la boca todo el día. Es una fea costumbre. Debes cambiar, Mónica, ya eres una mujercita.

Recordó los cuentos que la intitutriz le narraba en la niñez, especialmente ese del hombre que le vendió su sombra al Diablo. Ella también había vendido su sombra y no sólo su sombra sino también su cuerpo, pues no sabía si caminaba o si estaba inmóvil. La poseía la agorafobia del preso evadido.

Era la hora del cenit. El sol le había comprado su sombra por un paseo fracasado.

Porque no podía darse por satisfecha de ese paseo, donde se le infiltró la idea de la niñez, haciéndola asumir la responsabilidad de sus actos, en una suerte de infancia hecha trizas, como si a los 13 años ella fuera una viejecita rubia.

Como el detective acumula las observaciones que acabarán por descubrir al criminal, así ella, durante el trayecto del Jeanne d'Arc a su casa, remienda rotas, une cortados cables, y tal vez con ellos consiga aprisionar la infancia.

El mediodía estaba lleno de presagios. De pronto un automóvil frenó junto a ella y desde el interior un joven la miró profundamente. Era Octavio. La fotografía de su dormitorio le puso en evidencia.

Mónica continuó el camino, ruborizada, ciega, tropezando con los transeúntes. La angustia la hacía latir apresuradamente el corazón. Una nueva etapa de su vida comenzaba con la presencia de Octavio.

Ahora quería adelantar la ubicación de su casa. El marino que la guiaba caminaba sin impacencias. Acostumbrado al limitado espacio de la cubierta de la fragata, espacio que en el paseo es necesario recorrer lentamente, para no aburrirse, no atinaba a encontrar la velocidad precisa para transitar por las calles, y ante el temor de una falsa velocidad prefería emplear la antigua, la conocida, la proveniente de los pasos lentos.

Mónica seguía al marino y Octavio la seguía.

De pronto, inesperadamente, como de costumbre, ella se



encontró frente a su casa. En ese instante, se decidía el porvenir de su infancia.

A su espalda, oyó la exclamación que esperaba:

—Mónica.

Era su primo. Al verla pasar, tal vez se le vino a la memoria el rostro de la prima, los juegos infantiles. Pero dudó y prefirió seguirla. Por otra parte, la indiferencia de la colegiala le desconcertó. Ahora, frente a la casa, ya no dudaba. Era ella.

—¡Mónica!

Pero Mónica no miró hacia atrás. Penetró en la casa y de nuevo, golpeó la mampara con un furioso portazo. Portazo de aprendiz a suicida.

Subió a prisa la escala y se encerró en el dormitorio. Un silencio espantoso reinaba en la mansión. Silencio para que el sonido del timbre se oyera en toda su intensidad.

Octavio tocó el timbre. Mónica se tapó los oídos, como si el sonido la desgarrara íntegra.

Era el instante de la elección. Debía decidirse. Por una parte, la infancia, con su encantamiento de ensueño, le pedía que no claudicase. Por otro lado, el ritmo normal le ordenaba que se sometiese a la vida.

Abajo conversaban animadamente. El primo decía:

—No conocí al principio a Mónica y tuve que seguirla cuerdas y cuerdas, como un enamorado. Sólo cuando llegó aquí, a la casa, ya no dudé. Entonces la llamé por su nombre pero no me oyó. Hagan el favor de decirle que he llegado y que deseo mucho hablar con ella.

Accedieron. La madre, al pie de la escala, la llamaba:

—Mónica, Mónica.

La niña apareció arriba. Con aspecto de recién despertada, preguntó:

—¿Me llamabas, mamá?

—Sí, baja; llegó Octavio.

—Sí, Mónica, estoy aquí. El primo, junto a su madre la miraba sonriendo.

Ella, desde arriba, dominaba al grupo. ¡Qué distante quedaban los gorriones, los pasos de los transeúntes, el portazo a la mampara! La normalidad la lanzaba aguas abajo, como la cascada a los nadadores.

Entonces, con paso lento, abandonando en cada tramo de la escala uno a uno los pequeños triunfos del delirio, bajó Mónica a reunirse con la realidad.